

ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.
Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar
Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.
Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia
paz y felicidad.
Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 9,30-32

«³⁰Saliendo de allí, caminaban a través de Galilea, y no quería que nadie lo supiera, ³¹porque enseñaba a **sus discípulos** y les decía:

“El **Hijo del Hombre** es entregado a manos de hombres y lo matarán, y una vez matado, resucitará después de tres días”.

³²Pero ellos no entendían lo dicho y tenían miedo de preguntarle».

COMENTARIO

➤ Tras vencer a un demonio obstinado al que sus discípulos no fueron capaces de doblegar, y tras devolver la vida a un muchacho que parecía muerto (9,14-29), Jesús sigue su viaje con esos mismos discípulos, instruyéndolos más en el misterio de su próxima muerte y resurrección. Este pasaje es sustancialmente una composición marcana. Está lleno de vocabulario típico del evangelista («saliendo», «Galilea», «lo supieran», «enseñanza», «discípulos», «y les decía», «preguntarle») y tanto el versículo introductorio (9,30) como la conclusión (9,32) reflejan el tema marcano del secreto mesiánico, que tiene poco sentido a nivel histórico.

La perícopa consiste en tres sentencias. La primera y la tercera (9,30.32) son breves y acentúan las limitaciones de la revelación; la segunda (9,31) es más amplia y muestra el mensaje central del pasaje: la necesidad divina de la muerte y la resurrección de Jesús. Así pues, como es típico en el evangelio de Marcos, la verdad de Dios revelada en la enseñanza de Jesús está enmarcada por la ignorancia de los seres humanos.

➤ 9,30-32: El pasaje comienza con el relato de un Jesús que sale de la escena del exorcismo del muchacho epiléptico y que camina de incógnito a través de Galilea (9,30). La razón de este viaje con poca publicidad es que Jesús imparte enseñanza a sus discípulos sobre su próxima muerte y resurrección (9,31).

Considerada lógicamente, esta motivación es desconcertante: ¿por qué debería Jesús tratar de evitar que se conozca su presencia en Galilea, solo porque imparte enseñanza a sus discípulos acerca de su muerte y resurrección? Si tuviera que instruirles en algo no pensado para los oídos de todos, sería más fácil y mucho más sencillo aislarse con ellos durante un breve período, como hace en otros lugares en el evangelio, el más reciente en 9,28-29. Nuestro pasaje, pues, no es probablemente una reminiscencia histórica, sino *una pieza de teología marcana* que refleja la idea de que la necesidad de la muerte y la resurrección de Jesús solo quedó clara en el período postpascual; antes de aquella época, ni siquiera los discípulos de Jesús podían entenderlo y no lo hicieron.

La «enseñanza» impartida a medida que caminaban, según 9,30, es la más sencilla de todas las predicciones de la Pasión y consiste únicamente en la profecía de 1) el Hijo del Hombre será entregado a manos de sus enemigos; 2) su muerte a manos de aquellos y 3) su resurrección (9,31). Sin embargo, esta profecía al parecer sencilla trasluce una profunda preocupación marcana reflejada en la repetición de la palabra *anthrōpos* («el hombre, el ser humano»): «El Hijo del Hombre es entregado a manos de hombres». Esta reiteración contiene

una inversión terrible. Sería natural esperar que el Hijo del Hombre, el representante global de la humanidad, sería recibido por sus colegas humanos con alegría. En cambio, será entregado a sus impulsos violentos; los «hombres» se han convertido en enemigos de su propio «Hijo».

Una clave para resolver el misterio de esta inversión horrible «de lo que debería ser» puede radicar en la yuxtaposición de nuestro pasaje con el exorcismo en 9,14-29: el mismo poder endemoniado que había deformado la vida del epiléptico es el responsable de la misteriosa hostilidad de los seres humanos contra el Hijo del Hombre que ha venido para salvarlos (10,45). Algo parecido es visible también en 7,1-30, donde las referencias negativas a la perversidad de los hombres (7,7.15.20-21.23) van seguidas inmediatamente por el exorcismo de un espíritu inmundo (7,24-30).

Los discípulos de Jesús reaccionan a la profecía de la muerte y resurrección de Jesús *con un silencio aturdido*, pero tienen miedo de preguntarle sobre ello (9,32). A nivel narrativo, la reserva de los discípulos puede ser en parte una respuesta a lo que había ocurrido en 8,31-33, donde Pedro protestó contra la primera predicción clara de la pasión de Jesús, solo para encontrarse tanto él como implícitamente el resto de los Doce con un *rotundo reproche* del Maestro.

Sin embargo, el miedo a pedir a Jesús explicaciones acerca de la predicción de su Pasión no presagia nada bueno para ellos. El lugar importante atribuido aquí a *la carencia de preguntas* haría sonar la señal de alarma a los lectores antiguos, alertados desde que Platón había atribuido un lugar central al método de preguntas y respuestas para el descubrimiento de la verdad. De un modo similar, la tradición judía daba mucho valor a las preguntas: preguntar y responder es una de las virtudes del estudio de la Torá. Por tanto, es un asunto serio el que -en el momento presente- los discípulos no pregunten a Jesús sobre la profecía de su muerte y resurrección, sobre todo porque este vaticinio afecta al *núcleo mismo del misterio cristiano*. En el contexto marcano, la renuncia de los discípulos a preguntar es *un signo de enfermedad espiritual*, como queda sugerido por la comparación con pasajes anteriores en los que se menciona su falta de comprensión:

6,52: Pues no habían entendido lo de los panes, sino que su corazón seguía embotado.

8,17: ¿Aún no percibís ni entendéis? ¿Es que tenéis embotado vuestro corazón?

8,33: Ponte detrás de mí, Satanás. Porque no tienes tus pensamientos en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

9,32: Pero ellos no entendieron lo dicho y tenían miedo de preguntarle.

Esta comparación sugiere que el estado psicológico de los discípulos en esos momentos, lo que podríamos llamar su «miedo a preguntar», era parte de un desorden más profundo del alma («la dureza de corazón») que en última instancia puede remontarse a Satanás.

Así pues, nuestro pasaje termina con una nota de silencio e incompreensión por parte de los apóstoles. Pero no todo es oscuridad y desorden satánico. Al principio de la siguiente perícopa, Jesús se hará a sí mismo una pregunta y retomará de este modo la iniciativa perdida por la reticencia de los discípulos. Como buen maestro que era, Jesús no permitirá que la inhibición y confusión de sus discípulos estropee la lección; por el contrario, gracias a su propia pregunta Jesús enmarca de nuevo el tema implicándoles existencialmente. El siguiente pasaje progresará, pues, lógicamente desde la muerte y la resurrección de Jesús hasta el modo como sus tambaleantes seguidores pueden compartir su exaltación, a pesar de sus errores, participando en su humillación.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza